

Hábitat y ocupación agraria en la definición de la base social del ambientalismo en España: un análisis preliminar

Ángel Paniagua Mazorra
Cristóbal Gómez Benito¹

CSIC. Instituto de Economía y Geografía
Pinar, 25. 28006 Madrid. Spain

Data de recepció: maig 1995
Data d'acceptació: desembre 1995

Resumen

La definición de la base social del ambientalismo es una de las principales cuestiones a las que se enfrenta la sociología ambiental. En el presente artículo se pretende introducir la discusión sobre la existencia de una base social que fundamente la introducción de regulaciones ambientales en el medio rural y en la agricultura, que es una de las principales medidas de acompañamiento de la nueva PAC. Se utilizan como fuentes de información las diferentes encuestas monográficas, de ámbito nacional, que sobre el medio ambiente se han realizado en España.

Palabras clave: hábitat rural, agricultores, base social, ambientalismo, España.

Resum. Hàbitat i ocupació agrària en la definició de la base social de l'ambientalisme a Espanya: una anàlisi preliminar

La definición de la base social de l'ambientalisme és una de les qüestions principals a les quals s'enfronta la sociologia ambiental. En aquest article es pretén introduir la discussió sobre l'existència d'una base social que fonamenti la introducció de regulacions ambientals en el medi rural i en l'agricultura, que és una de les mesures principals d'acompanyament de la nova PAC. S'utilitzen com a fonts d'informació les diverses enquestes monogràfiques, d'àmbit nacional, que sobre el medi ambient s'han realitzat a Espanya.

Paraules clau: hàbitat rural, agricultors, base social, ambientalisme, Espanya.

Résumé. Habitat et occupation agricole dans la définition du fondement social de l'environnementalisme en Espagne: une analyse préliminaire

La définition de la base sociale de l'«environnementalisme» est une des principales questions à laquelle se trouve enfrontée la sociologie de l'environnement. Cet article essaie d'introduire le débat sur l'existence d'un fondement sociale que justifie la création d'une régulation de l'environnement dans le milieu rural et dans l'agriculture, un des principaux moyens de suivi de la nouvelle PAC. Comme à ressources d'information ont été prises

1. Respectivamente, colaborador científico del IEG-CSIC y profesor titular del Departamento de Sociología-II de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UNED.

les différentes enquêtes monographiques en relation à l'environnement fetes à niveau national en Espagne.

Mots clés: habitat rural, agriculteur, fondement social, environnementalisme, Espagne.

Abstract. *Habitat and agrarian employment in the definition of the social basis of environmentalism in Spain: a preliminary analysis*

The definition of the social basis of environmentalism is one of the main problems facing environmental sociology. This article attempts to initiate discussion on the existence of an underlying social basis for the introduction of environmental regulations in rural areas and in agriculture, one of the principal measures involved in the new PAC. The sources of information used are the various nationwide monographic questionnaires on environment which have been carried out in Spain.

Key words: rural habitat, farmers, social basis, environmentalism, Spain.

Sumari

- | | |
|---|--|
| <ol style="list-style-type: none"> 1. Introducción 2. Validez de las variables ocupación y lugar de residencia en la definición de la base social del ambientalismo | <ol style="list-style-type: none"> 3. Tamaño de hábitat y ocupación agraria: hacia la base social del ambientalismo en la sociedad rural española 4. Conclusiones 5. Bibliografía |
|---|--|

1. Introducción

Dentro de la corta tradición de la sociología y de la propia geografía humana en el análisis de trasfondo social de diversos problemas ambientales, el estudio de la base social del ambientalismo es uno de los aspectos de investigación que, de forma más temprana, despertaron el interés de sociólogos ambientalistas. Este interés no es gratuito, dado que determinar con certeza las características, así como su grado de evolución, de las personas con mayor predisposición a la acción ambiental, es un componente muy importante de carácter predictivo y sustentador de las medidas, normas y regulaciones de política ambiental (Balstad Miller, 1991; Spaargaren, 1987; Martell, 1994).

Quizás en el sector agrario o en el medio rural en su conjunto es donde las demandas sociales y las regulaciones legales de carácter ambiental son en la actualidad más intensas y, a la vez, más complejas. La sociedad en su conjunto demanda servicios ambientales del medio rural, sobre todo ligados a actividades de ocio o recreativas. De igual forma, la agricultura, como actividad productiva, ve limitada o modificada su actividad tanto por regulaciones de carácter ambiental que tratan de evitar sus externalidades negativas, como por problemas ambientales de carácter global o transnacional que condicionan el desarrollo agrario. Estos factores afectan, a su vez, a la propia definición pro-

fesional del agricultor. Los agricultores son presentados en múltiples documentos y estudios como *environmental stewards*, disociados en buena forma de lo que ha sido su actividad y su papel en la agricultura convencional: la producción empresarial de alimentos.

Esta transición en el papel social de la agricultura, los espacios rurales y los propios agricultores abre nuevos interrogantes a los investigadores rurales en su agenda de trabajo acerca de la posible extensión del ambientalismo como nuevo sistema de valores dentro del mundo rural, que sustituya o modifique otros precedentes, y a la propia percepción y construcción social de los problemas ambientales por parte de los agricultores.

En el presente artículo se pretende abordar, por un lado, una revisión inicial de la literatura sobre la base social del ambientalismo que ha tratado las diferencias entre el mundo urbano y el mundo rural al respecto y el ambientalismo de los agricultores, reflexionando sobre algunos de los supuestos teóricos y metodológicos, y, por otro, realizar una primera y somera aproximación a la posible existencia de una percepción específica de determinados problemas ambientales en relación con la ocupación agraria y con el espacio rural a través de diversas encuestas monográficas sobre medio ambiente², como objetivo previo a una definición futura de la base social del ambientalismo entre los agricultores.

Estos objetivos pretenden dar contestación inicial a dos hipótesis: la primera hace relación a la *environmental deprivation* que plantea que aquellas personas con un ambiente o un entorno de mayor calidad —por ejemplo los agricultores— tienen una sensibilidad, una preocupación y un comportamiento ambiental más escasos en comparación con otros grupos sociales. Según esta

2. Se han consultado las siguientes encuestas para la realización del presente estudio:

Centro de Investigaciones Sociológicas:

Estudio número 1992/1992

Ámbito: nacional. Universo: población española de ambos sexos de 18 y más años. Tamaño: 2.484 entrevistas. Fecha de realización: 18-24 de febrero de 1992.

Estudio número 2128/1995

Ámbito: nacional. Universo: población española de ambos sexos de 18 y más años. Tamaño: 2.488 entrevistas. Fecha de realización: 14-19 de diciembre de 1994.

Dirección General de Medio Ambiente o Secretaría General de Medio Ambiente

Título: Estudio sociológico sobre el medio ambiente en España.

Consultora que lo realiza: Instituto IDES. Ámbito: nacional. Universo: población española de ambos sexos de 18 y más años. Tamaño: 2.017 entrevistas. Fecha de realización: inicio de 1986.

Título: Estudio de actitudes y opiniones en torno a los problemas del medio ambiente. Consultora que lo realiza: RÁBIDA S.A. Ámbito: nacional. Universo: población española de ambos sexos de 18 y más años. Tamaño: 1.326 entrevistas. Fecha de realización: final de 1990.

Fundaciones

Título: Medio ambiente 1994. Entidad que lo realiza: CIRES. Ámbito: nacional. Universo: población española de ambos sexos de 18 y más años. Tamaño: 1.200 entrevistas. Fecha de realización: 12 a 17 de diciembre de 1994.

hipótesis, la sensibilidad ambiental está más relacionada con características del entorno que otras de tipo personal o sociológicas.

La segunda hipótesis plantea que la actitud ambiental (expresada en términos de preocupación por los problemas ambientales) de los agricultores se encuentra condicionada por su doble papel de ciudadanos y de productores profesionales, cuya actividad productiva conlleva implicaciones ecológicas específicas. Creemos que, como ciudadanos, los agricultores tienen una actitud ambiental inducida por las preocupaciones ambientales de la sociedad en general (recordemos que la base social del ambientalismo en la sociedad moderna tiene como uno de sus rasgos más característicos la procedencia urbana de sus miembros). Como productores profesionales, los agricultores tendrán actitudes ambientales propias que pueden diferenciarse de forma significativa de otros colectivos no agrarios. Este doble papel implica que las actitudes variarán respecto al tipo de problemas ambientales planteados, lo cual obligaría a reevaluar los criterios que definen las actitudes proambientalistas.

2. Validez de las variables ocupación y lugar de residencia en la definición de la base social del ambientalismo

Desde la generación por Dunlap y Catton (1979), entre 1978 y 1979, de un marco teórico a la sociología ambiental (el denominado New Environmental Paradigm —NEP—) se ha tratado de concederle un carácter operativo y aplicarlo a nuevos supuestos y espacios, en un proceso de enriquecimiento que dura hasta la actualidad³.

2.1. Hábitat y lugar de residencia

La variable hábitat o lugar de residencia a menudo es tenida en cuenta como variable de control en los estudios sobre opinión pública, percepción y actitudes sobre el medio ambiente. La mayoría de las veces esta variable se reduce a la consideración del *tamaño* del lugar de residencia y no a su *estructura urbana* o a su *estructura social*, y el tamaño se presenta, bien de forma dicotómica, contrastando el hábitat rural con el urbano, bien como una escala cuantitativa de asentamientos, según tamaño, o cualitativa, según tipos de asentamientos (rural, semirural, pequeña ciudad, ciudad media, metrópoli, etc.), si bien casi siempre las escalas cualitativas se basan en límites cuantitativos (número de habitantes), por lo que en realidad no se diferencia de las anteriores.

3. Habitualmente, por base social del ambientalismo se entiende la existencia de ciertos segmentos sociales en los que se observa, de forma más o menos permanente, una cierta preocupación por las cuestiones ambientales. Su definición se ha realizado a través del análisis de las características económicas, sociales, políticas y culturales de los sujetos que tienen actitudes y comportamientos de carácter proambiental. No se incluye la discusión sobre la existencia de una base social del ambientalismo por problemas de espacio. Para una ampliación de este aspecto, véase GÓMEZ y PANIAGUA, 1995, y la bibliografía citada en dicho texto.

La utilización del hábitat o lugar de residencia como variable de control, considerada por el tamaño del lugar (obviando el problema que supone identificar sin más lo rural o lo urbano con el tamaño) se basa en la suposición de que las diferencias de tamaño de los núcleos de habitación pueden aportar de forma significativa diferentes percepciones, actitudes y comportamientos respecto a los problemas ambientales. En particular, la dicotomía urbano-rural expresaría dos tipos de estructuras territoriales y dos universos sociales complejos y bien diferenciados (económica, social y culturalmente) en los que la estructura urbana, la calidad de sus equipamientos y servicios, la estructura social y la cultura local deberían constituir los referentes básicos que explicarían las diferencias. En concreto, algunos estudios han encontrado una asociación positiva entre residencia urbana y un alto grado de preocupación por los problemas ambientales (Tremblay y Dunlap, 1978; Van Liere y Dunlap, 1980; Lowe y Pinley, 1982; Arcury y Christianson, 1993), aunque ya Buttel (1987) advertía que la relación entre residencia urbana o rural y las posturas sobre cuestiones ambientales no parece consistente.

Sin embargo, la consideración del tamaño como único indicador del tipo de hábitat no permite otra cosa que la mera constatación de las diferencias, sin que nos explique nada sobre sus causas. El tamaño del lugar de residencia, como indicador único del tipo de hábitat, puede ser una variable de control o de análisis pero no una variable explicativa o causal. Probablemente, el tamaño esté asociado a otras características de las diferentes localidades (aunque nunca con carácter universal), bien de tipo estructural y territorial, bien de tipo sociodemográfico o cultural. Así, por ejemplo, en la literatura manejada por Arcury y Christianson se encuentra una asociación estadística significativa, aunque moderada, de la residencia urbana, junto con la edad, la educación y la ideología política, con las actitudes ambientales (Dunlap y Catton, 1979; Buttel, 1987; Samdhal y Robertson, 1989; Van Liere y Dunlap, 1980; citados por Arcury y Christianson, 1993: 20), y que, juntos, estos factores indican que la gente urbana, joven, bien educada y liberal está más interesada en lo relacionado con el medio ambiente y tiene actitudes más positivas hacia el movimiento ambiental (Arcury y Christianson, 1993: 20).

Pero precisamente en este mismo trabajo, en el que los citados autores estudian si existen diferencias entre el ámbito urbano y el ámbito rural en relación con la mentalidad (*world view*), preocupación (*concern*), conocimiento y acciones de tipo ambiental y si persisten esas diferencias cuando se controlan los factores sociodemográficos, éstos encuentran que, sin control de los datos sociodemográficos, los residentes metropolitanos y urbanos tienen una visión ambiental más sólida y un mayor conocimiento de los problemas ambientales globales que los residentes no metropolitanos y rurales. Sin embargo, no encuentran diferencias con respecto a preocupación y acciones ambientales. En cambio, cuando se controlan los factores sociodemográficos, no encuentran relación consistente según grupos de residencia con las características ambientales, pero sí con la educación, la renta, la edad y el género que explican la variación en visión y conocimiento ambiental global. Así pues, las relaciones entre las caracte-

terísticas sociodemográficas (especialmente renta, educación y edad) y las características ambientales son las que apuntan a las causas reales de las diferencias entre el ámbito urbano y el ámbito rural en estas cuestiones (Arcury y Christianson, 1993: 23-24).

Por lo tanto, según este trabajo, el factor causal no sería el tamaño del lugar de residencia, sino el hecho de tener más o menos edad, más o menos educación, más o menos renta, etc. Y como quiera que la población rural tiene menos renta, menos educación y tiene más edad (edad que es a su vez causa de los menores niveles de renta y educación), entonces es lógico que el tamaño del lugar de residencia se encuentre asociado a una mayor preocupación ambiental o a una actitud más ambientalista en general, pero en sí mismo no sería la causa de esas actitudes. Pues la relación positiva que pueda haber entre tamaño de residencia y actitud ambientalista no puede ser considerada como una relación causal en ausencia de control de otras variables con las que pueden estar asociadas.

Como ya hemos dicho, en este tipo de estudios (tampoco en el de Arcury y Christianson) no se dice nada de las características de los diferentes tipos de residencia, además del tamaño. Y, no obstante lo dicho más arriba, es razonable plantearse que el factor hábitat puede ser un factor causal por sí mismo de diferencias de actitudes, percepciones, conocimiento, etc. acerca de los problemas ecológicos. Pero para su estudio habría que tener en cuenta otros rasgos del hábitat además del tamaño (y que no siempre están asociados de la misma manera con el tamaño), como son su estructura (concentración/dispersión, densidad, accesibilidad, etc.), calidad urbana (edificación, tráfico, servicios, equipamientos, zonas verdes, ruido, etc.), actividades, etc. que en principio parece lógico que tengan alguna conexión causal con las actitudes y los comportamientos respecto al medio ambiente. Así mismo, la elaboración de tipologías de asentamientos, basadas en estas u otras características similares, permitiría aislar mejor el efecto del hábitat sobre esas mismas actitudes ambientales.

Otro problema que se plantea es que parece que no existe la misma asociación entre tamaño del lugar de residencia y: *a*) la actitud ambiental general o mentalidad ecológica (*environmental world view*), *b*) el conocimiento de los problemas ecológicos, *c*) la preocupación por los mismos u otras actitudes, o *d*) la acción ambientalista. El mismo trabajo de Arcury y Christianson (1993) muestra empíricamente las diferencias de asociación entre el tipo de lugar de residencia (rural-no metropolitana, urbano-no metropolitana y urbano-metropolitana) y las variables dependientes señaladas. Lo cual conduce también a la cuestión de los tipos de problemas ecológicos que se plantean a los entrevistados o al de los indicadores de las escalas utilizadas para medir la preocupación, la sensibilidad, el conocimiento y la acción ambientalistas. Una cosa es medir las respuestas de distintos colectivos a unos mismos problemas o situaciones y otra deducir de ello una mayor o menor actitud, mentalidad, etc. ambiental en general. Ello puede servir para ver las diferencias de actitudes, conocimiento, etc. acerca de determinados problemas ambientales entre distintos grupos sociales, pero asignar mayores grados de conciencia ambiental (como se

hace con la utilización de diversas escalas *ad hoc*) requiere un diseño cuidadoso de las escalas y los parámetros de medida.

Probablemente no todos los problemas ambientales preocupan por igual a todos los colectivos sociales, pues rasgos como la proximidad, la recurrencia y la intensidad, su «visibilidad» y su escala de los problemas, así como la experiencia personal sobre los mismos o la relación de dichos problemas con la práctica profesional o con las rutinas cotidianas, harán más sensibles a unos grupos sociales respecto a unos problemas que a otros, diferenciándose así de otros grupos o colectivos sociales⁴.

En cualquier caso, como dicen Arcury y Christianson (1993: 20), no se ha elaborado ninguna teoría que fundamente de forma clara las posibles diferencias entre residentes urbanos y rurales en cuanto a actitudes, preocupación, conocimiento y acción relacionadas con la problemática ambiental. La investigación socioambiental ha estado más orientada temáticamente que teóricamente y el grueso de la investigación académica en este campo consiste en una «ciencia normal» elaborada como un puzzle empírico de medio rango (Buttel, 1987: 466). No obstante, se han propuesto algunas teorías parciales para explicar las diferencias entre ambientalismo y lugar de residencia, con especial atención al contraste rural-urbano. Lowe y Pinley (1982) presentan cuatro «generalizaciones empíricas» o «teorías de bajo nivel» sobre las diferencias entre el mundo rural y el urbano en preocupación ambiental.

Una de estas teorías es la denominada «privación ambiental relativa» (Morrison y otros, 1972; Tremblay y Dunlap, 1978; Van Liere y Dunlap, 1980). Según esta teoría, las diferencias entre el mundo rural y el urbano en cuanto a actitudes, conocimiento, preocupación, etc. respecto a los problemas ambientales estarían fundamentadas en las características ecológicas específicas de cada tipo de hábitat, y no en las características personales de sus habitantes.

Por lo tanto, la suposición implícita en esta teoría es que un mayor tamaño del lugar de residencia lleva consigo un mayor deterioro de las condiciones ambientales de la vida cotidiana (contaminación atmosférica, ruido, falta de espacios verdes, espacio vital reducido, tensión, etc.). De esta forma, una mayor exposición a los problemas ambientales y una experiencia más cercana de los mismos se traduciría en un mayor grado de sensibilidad ambiental. Sin embargo, algunos autores como Lowe y Pinley (1982) indican que no es tanto el lugar de residencia el factor causante de estas diferencias como el lugar donde se produjo la socialización principal de los individuos.

Desde otra perspectiva, la ciudad proporcionaría un mayor nivel de información y otros rasgos socioeconómicos y culturales que favorecerían un mayor conocimiento de los problemas ambientales y una mayor sensibilidad ambiental, pero, en este caso, los factores serían más de naturaleza personal que rela-

4. Véase al respecto, como ejemplo de la incidencia de algunos de estos rasgos, ARCURY y CHRISTIANSON (1990).

cionados con el contexto ecológico, y las diferencias estribarían no en una mayor sensibilidad ambiental general sino respecto a distintos problemas ambientales.

Pero en todo caso sería necesario controlar otras variables de cada tipo urbano (no sólo el tamaño), como la estructura social, la estructura urbana, tradiciones culturales, etc. para poder determinar la influencia del tipo de hábitat sobre la sensibilidad ambiental.

Otras investigaciones han negado una suficiente robustez explicativa a las diferencias entre el mundo urbano y el mundo rural y ha incidido en las diferencias de ubicación dentro del medio rural. La residencia dentro de una explotación agraria frente a la ubicación en un pequeño núcleo de población y la distancia respecto a las grandes áreas metropolitanas son variables que permiten un examen más detenido del valor del hábitat en los estudios de sensibilidad ambiental.

2.2. La ocupación agraria-no agraria como factor explicativo con respecto a la actitud ambiental

Otra de las líneas de análisis de la base social del ambientalismo es la que tiene en cuenta la ocupación agraria como factor discriminante de la actitud ambiental, contrastando, por un lado, la sensibilidad ambiental de los agricultores con otros grupos sociales y, por otro, la que manifiesta las diferencias entre distintos tipos de agricultores.

Los estudios que adoptan la variable ocupacional como punto de partida parecen sugerir que una ocupación con una relación de tipo extractivo (entre las que se incluye a la agricultura) respecto a los recursos naturales condiciona la sensibilidad y la preocupación ambiental.

En concreto, en los estudios sobre valores y actitudes ambientales entre los agricultores se han adoptado distintas perspectivas de análisis:

1. Base social del ambientalismo en el mundo rural: características personales y de las explotaciones en relación con comportamientos ambientales (Buttel y otros, 1981).
2. Diferencias entre agricultores y no agricultores (residentes en el medio rural), al constatar en diversos estudios que las diferencias entre la población urbana y rural no eran del todo consistentes (Buttel y otros, 1981).
3. Estudios longitudinales en relación con modificaciones de actitudes, conocimientos y actuaciones respecto a un problema ambiental concreto, dentro de un área específica (salinidad, erosión, pérdidas de fertilidad, contaminación del agua, etc.) (Cary, 1993).
4. Estudios comparativos entre distintos tipos de agricultores en relación con su actitud, conocimiento y actuación respecto a algún problema ambiental (Geller y Lasley, 1985).
5. Actitudes respecto a regulaciones y limitaciones de carácter ambiental en el uso de recursos (Hoiberg y Bultena, 1981; Alphantery, 1994).

Estos estudios ponen de manifiesto la existencia de tres problemas de investigación: 1. La sensibilidad o el interés ambiental del agricultor; 2. La sensibilidad o el interés ambiental del agricultor ante problemas relacionados con su actividad agraria.; 3. Diferencias en la actitud ambiental del agricultor de acuerdo con diferentes variables personales, socioeconómicas o productivas.

1. En relación con el primer problema de investigación se ha considerado que la dedicación agraria o no, es un factor determinante, de cierto relieve, de las actitudes y la actuación ambiental (Buttel y Flinn, 1974). Una ocupación agraria llevaría aparejado un nivel bajo de preocupación ambiental general. Esta reducida sensibilidad ambiental hacia los problemas ambientales generales (aun de tipo local) quedaría explicada acudiendo al planteamiento más genérico de la tesis de la *environmental deprivation*, según el cual los agricultores tendrían una consideración o una sensibilidad ambiental más reducida al disfrutar de un ambiente (acepción que aquí se confunde con entorno) en mejores condiciones.
2. Sin embargo, la afirmación arriba enunciada, de casi unánime reconocimiento, no parece que tenga su correspondencia en los problemas ambientales asociados a la actividad profesional del agricultor. Buttel y otros (1981) en su estudio pionero indicó que el agricultor también tiene una escasa preocupación por los problemas ambientales asociados al proceso productivo agrario. El interés por los problemas ambientales generales estaría asociado con la actitud hacia problemas ambientales más específicos. Esta aseveración conduce al examen de dos hipótesis explicativas: a) la primera haría referencia a las características cualitativas de un entorno con pocos problemas ambientales y dejaría en un segundo término las variables de carácter sociológico; b) la segunda quedaría asociada a la orientación dominante y convencional de la agricultura que fuerza al agricultor a desarrollar una orientación productiva cada vez más intensiva, estrechamente unida a sentimientos de dominio del hombre sobre la naturaleza y a la confianza tecnológica y científica para conservar el *stock* de los recursos potencialmente renovables que el agricultor gestiona, además de multiplicar su productividad. En este sentido, es posible apuntar que el agricultor (especialmente el agricultor moderno) se encuentra sometido a presiones del sistema económico y de la sociedad, en los que está cada vez más integrado, que le fuerzan a seguir una orientación más dominada por criterios y valores económicos (de mercado, de productividad, de rentabilidad, de eficacia, de especialización) que por criterios sociales y ecológicos, lo que tiende a convertir la práctica de la agricultura en una actividad empresarial similar a las de otros sectores económicos y que se va desprendiendo de la ideología del fundamentalismo agrario (aunque no desaparezca del todo de los discursos sociales, al menos en ciertos momentos). Esta orientación haría que los agricultores dieran prioridad a los valores económicos frente a los ecológicos y que la conservación de la naturaleza se presente muchas veces como incompatible con

la práctica de la agricultura o con minimizar los costes ecológicos de la agricultura intensiva. Así mismo, hay que decir que esta orientación ha sido interiorizada por buena parte de los agricultores (por los más eficientes y competitivos) y del resto de agentes sociales que actúan en el sector, como uno de los componentes básicos de su nueva identidad profesional, por lo que los cambios en dicha orientación afectan a la misma identidad profesional y social de los agricultores, siendo, por ello, un factor de resistencia ante dichos cambios.

Por contra, estudios como el realizado por Hoiberg y Bultena (1981) y posteriormente por otros autores, que han confrontado la actitud del agricultor respecto a normas y controles ambientales, indican que los agricultores aceptan la necesidad de los controles ambientales a la actividad agrícola, tanto como las personas con otra dedicación.

Si aceptamos modificaciones en la preocupación y la acción ambiental del agricultor de acuerdo con la relevancia de los problemas para su actividad productiva, es preciso abordar la doble identidad ambiental del agricultor: como ciudadano y como productor, lo que podríamos denominar hipótesis del «doble papel». La mayor sensibilidad respecto a problemas concretos de su actividad estaría ligada a dos fenómenos, el primero determinaría la raíz del ambientalismo dentro de la propia sociedad agraria, mientras que el segundo plantearía su carácter externo, procedente del sistema de valores urbano:

- a) Por su condición de agricultores, cabe esperar ciertas peculiaridades o regularidades en su sensibilidad ambiental general derivada de las implicaciones ecológicas de su actividad productiva, pero no puede deducirse a priori el carácter positivo o negativo de la misma. Digamos que, por un lado, el agricultor se encontraría en una relación especial con la naturaleza y con los recursos naturales que constituyen la base natural de su actividad productiva y de su misma reproducción económica y social. El sujeto de su actividad son seres vivos, procesos biológicos y las condiciones de esa misma actividad son así mismo condiciones ecológicas. Además, el conocimiento de su actividad profesional descansa en gran parte en su propia experiencia individual y social local, en la observación acumulada de ciclos, procesos, ritmos ecológicos y de los seres vivos que intervienen en la producción de plantas y animales. Todo ello parece que debería hacer al agricultor especialmente sensible a la calidad del ambiente natural y a la conservación de los recursos naturales y de las condiciones ambientales que afectan a la producción agraria.

Precisamente esta idea es uno de los componentes de la ideología agrarista tradicional, de lo que a veces se llama «fundamentalismo agrario», que ha presentado a la agricultura como una actividad fundamental (en la medida que satisface una de las necesidades básicas como la alimentación y contribuye de forma importante a la satisfacción de

otras como el vestido, la energía, etc.), sustentadora de valores morales fundamentales y de elementos también fundamentales de la identidad (territorial) de los pueblos, y que ha presentado al agricultor como «administrador», «jardinero», «guardián», «gestor» etc. de la agricultura y del territorio, como productor y conservador de una parte significativa del patrimonio cultural tradicional (que incluye aspectos como el paisaje, la tradición culinaria, etc.).

- b) En segundo lugar, la mayor sensibilidad ambiental del agricultor en problemas ligados a su práctica profesional respondería a la necesidad de conservar la base ecológica de su producción y los rasgos fisi-nómicos de su entorno, como muestra de una orientación social nueva y de creciente peso social, de marcado carácter postmaterialista y post-productivista que resalta las funciones no productivas de la agricultura y se manifiesta en el sector agrario mediante regulaciones y controles ambientales. La aceptación de esta interpretación lleva implícito el carácter subsidiario del ambientalismo entre los agricultores, mero reflejo de nuevas demandas sociales (hipótesis que, al menos en el caso de regulaciones agroambientales, parece probable) y no formaría parte de ninguna nueva ideología agraria, heredera, parcialmente, del «fundamentalismo agrario» como algunos autores han tratado de mostrar.

Por otra parte, ciertos autores (Cary, 1993) han puesto de relieve que la aceptación de la existencia de un problema regional o subregional que afecta a la actividad agraria no supone una modificación en las prácticas agrarias en la propia explotación. Actúa, en este caso, el conocido principio ambiental *not in my yard*. Por el cual, habitualmente sólo se reconoce la seriedad del problema dependiendo de la distancia a la propia propiedad.

En definitiva, la sensibilidad y el comportamiento ecológico de los agricultores dependerá, pues, del peso de dos orientaciones —convencional y ambiental—. Sin embargo los agricultores establecen una relación propia en cada sistema agrario, lo cual nos lleva a que en los análisis sobre estos temas debemos tener en cuenta: a) los diferentes tipos de agricultura, y b) las distintas categorías sociales del agricultor (o tipos de explotación). La primera tiene que ver con los sistemas agrarios. La segunda con la estructura o la orientación de las explotaciones. El supuesto que subyace en ambos casos es que las distintas formas de actividad agraria (resultado de diferentes estructuras y orientaciones productivas de las explotaciones y de diferentes marcos ecológicos) darán lugar a ciertas relaciones específicas con la naturaleza y con los recursos naturales, las cuales condicionarán la conciencia ambientalista de los respectivos tipos de agricultores. Por lo tanto, sería preciso elaborar tipologías de agriculturas y de agricultores a partir de las cuales contrastar las diferencias respecto a la conciencia ambiental y otras manifestaciones.

3. El tercer problema de investigación se relaciona con la propia indefinición

de la base social del ambientalismo entre los agricultores, lo que sugiere que la base socioambiental entre los agricultores no responde a las mismas características que en el conjunto de la población, lo que reduce la validez de análisis comparativos. No parece que la edad, la educación y otras variables consideradas habitualmente reúnan gran valor predictivo y explicativo. Por esta razón, análisis más específicos han recurrido al tamaño de la propiedad como variable explicativa⁵. Habitualmente se ha distinguido entre grandes agricultores y pequeños agricultores o entre agricultores con asalariados y agricultores sin asalariados, como posibles categorías que condicionan la actitud y la acción ambiental. Buttel y otros (1981) concluyen en su estudio sobre la base social del ambientalismo en el medio agrario que el tamaño de la propiedad constituye el factor de mayor peso explicativo de las actitudes y preocupaciones ambientales. Tamaño de la explotación y sensibilidad ambiental tendrían una relación inversa. Otros autores han indicado que esta asociación no es tan estrecha y habría que adoptar en consideración creencias de tipo simbólico e instrumental que condicionan la actitud y la preocupación ambiental.

También es posible apuntar que factores asociados a la actividad del agricultor deben ser tenidos en cuenta, pero no sólo el tamaño de la propiedad —que en España sería bastante discutible—, sino la intensidad, la orientación, el porcentaje de tierras de la explotación que tienen su origen en arrendamiento o cesión y la existencia de trabajo asalariado. En todo caso, el análisis deberá comenzar por el estudio de si la propiedad de tierra condiciona la sensibilidad ambiental respecto a agricultores no propietarios.

En conclusión, las investigaciones sobre la base social del ambientalismo entre los agricultores todavía no han establecido, de manera definitiva, relaciones entre variables personales o sociológicas del grupo laboral o relativas a la explotación y variables dependientes (interés, preocupación, etc.). Sólo la existencia de una escasa sensibilidad ambiental y una escasa propensión a la acción ambiental, en comparación con otros grupos ocupacionales, tiene reconocimiento unánime. En consecuencia con este planteamiento, pensamos que, más que el contraste, interesa conocer el perfil ambientalista de los agricultores, su sensibilidad ecológica, general y particular hacia determinados problemas y tratar de fundamentar teóricamente sus (y diferentes) características y comportamientos ecológicos. El resto, de momento, no son más que hipótesis vivamente debatidas en la literatura sociológica ambiental, que junto a otras expuestas más arriba deberán ser corroboradas por nuevos estudios de base empírica.

5. Habitualmente se parte de la hipótesis que las grandes explotaciones emplean más inputs (herbicidas, pesticidas, etc.) por unidad de superficie y, por tanto, causan más daños ambientales, hecho que se asocia a una menor preocupación ambiental.

3. Tamaño de hábitat y ocupación agraria: hacia la base social del ambientalismo en la sociedad rural española

3.1. *Diferencias entre el mundo urbano y el mundo rural en la sensibilidad ambiental en España*

La interpretación de los resultados presenta dificultades debido a que los distintos tipos de tamaño considerados entre las diferentes encuestas monográficas (IDES-86; RÁBIDA-91; CIRES-94) no son idénticos, y en alguna como RÁBIDA-91 no se incluyen en la misma los municipios con tamaño inferior a 10.000 habitantes y también debido a los distintos tipos de preguntas utilizadas.

Pero, en general, puede decirse que existe alguna relación positiva entre tamaño del lugar de residencia y grado de preocupación o sensibilidad ambiental, pero esta relación no es absolutamente lineal ni es igual para cada tipo de problemas (o según el tipo de preguntas). En los municipios inferiores a los 10.000 habitantes (los rurales o semirurales) es donde se encuentra una menor sensibilidad ambiental. Pero no es en las ciudades más grandes donde se registra mayor sensibilidad ambiental, sino en las pequeñas ciudades (de 10.000 a 100.000 en el IDES-86; de 20.000 a 30.000 y de 50.000 a 100.000 en RÁBIDA-91 y de 50.000 a 100.000 en CIRES-94) y en los centros urbanos (de 400.000 a 1.000.000 en los estudios del CIS). En cambio, en las mayores ciudades (superiores al 1.000.000 de habitantes) la sensibilidad ambiental es menor que en las pequeñas ciudades y que en los centros urbanos más pequeños, pero mayor que en los municipios rurales y semirurales, salvo en la pregunta sobre el agotamiento de los recursos (CIRES-94), respecto a la cual en los núcleos rurales se registra el segundo mayor porcentaje que responde que están agotándose y en las ciudades de Madrid y Barcelona es donde menos (cuadro 1).

Al mostrar diferentes resultados la variable hábitat según la fórmula utilizada para analizar el interés ambiental en las tres encuestas monográficas sobre medio ambiente que se están utilizando, se ha optado por analizar distintas encuestas del CIS, con las mismas categorías de análisis e iguales enunciados en sus preguntas, mediante las que es posible evaluar en el sentido de la medida incrementos o decrementos en la sensibilidad ambiental según tipo de hábitat y establecer, por tanto, que tipo de municipios presentan un mayor o un menor grado de sensibilidad e interés por el medio ambiente.

En dos estudios del CIS (1992/92 y 2128/95) se han desagregado las respuestas según el tamaño del municipio de residencia de los entrevistados⁶, esto nos permite comparar las respuestas según el tamaño del lugar de residencia y, con ello, contrastar las diferencias entre el mundo rural y el mundo urbano respecto a la preocupación ambiental (cuadro 2).

6. Según la escala siguiente: -2.000; de 2.001 a 10.000; de 10.001 a 50.000; de 50.001 a 100.000; de 100.001 a 400.000; de 400.001 a 1.000.000; y + de 1.000.000. A los municipios del primer tipo les consideramos rurales y a los del segundo, semirurales (de acuerdo con la clasificación del INE); a los municipios comprendidos entre 10.000 y 100.000 les denominamos pequeñas ciudades y urbanos a los superiores de 100.000 habitantes.

Cuadro 1. Valoración afectiva del medio ambiente según hábitat y ocupación agraria en diferentes encuestas realizadas sobre medio ambiente.

Por otra parte, de las siguientes cuestiones que le voy a mencionar, ¿me puede Ud. dar una puntuación de 1 a 5 sobre cada una según la importancia que tienen para usted, por ejemplo, la contaminación de los ríos, del aire y del suelo?

Escala importancia/ variable control	Menor imp.				Mayor imp.		ns/nc	Total
	1	2	3	4	5			
Hábitat								
-10.000	3,8	2,2	9,8	18,4	58,6	7,2	100	
10-100 mil	2,8	2,5	7,8	13,5	69,2	4,2	100	
100-500 mil	2,4	3,1	9,9	15,7	65,4	3,4	100	
+500.000	1,1	1,6	8,5	21,4	65,9	1,5	100	
Ocupación								
Amas de casa	1,0	2,4	12,1	42,0	38,1	4,5	100	
Jubilados	3,0	3,0	13,4	37,1	35,6	7,9	100	
Estudiantes	1,6	0,0	12,5	36,7	49,2	0,0	100	
Parados	2,5	1,9	12,4	47,2	34,2	1,9	100	
Empresarios	0,0	7,7	23,1	38,5	30,8	0,0	100	
Autónomos	0,6	4,5	17,5	41,6	34,4	1,3	100	
Agricultores	1,0	1,5	4,1	16,3	42,9	34,2	100	
Profesionales	0,0	0,0	12,7	29,6	56,3	1,4	100	
Funcionarios	0,0	3,6	17,9	37,8	40,8	0,0	100	
Obreros	0,0	1,6	14,0	45,3	37,9	1,2	100	

Fuente: IDES-86. Composición propia.

En nuestros días la gente está preocupada por varios problemas que afectan a la calidad de vida, pero no todo el mundo concede la misma importancia a todos ellos. En su caso concreto, en relación con la lista que le vamos a leer a continuación, ¿nos podría decir la importancia que cada problema tiene para Ud.? Protección del medio ambiente.

Escala importancia/ variable control	Menor imp.				Mayor imp.		Total
	1	2	3	4	5		
Hábitat							
10-20 mil	8,7	8,2	17,0	18,0	55,1		100
20-30 mil	2,0	2,8	6,9	18,6	69,6		100
30-50 mil	0,0	1,2	17,6	21,2	60,0		100
50-100 mil	4,5	5,1	7,3	16,8	66,3		100
100-500 mil	4,2	7,8	14,9	19,3	53,8		100
+500 mil	3,8	3,5	11,9	21,3	59,5		100

Fuente: RÁBIDA-91. Composición propia.

Cuadro 1 (continuación).

Se está hablando cada vez con más frecuencia del problema de los recursos naturales y del medio ambiente. Me gustaría preguntarle, de manera general, ¿tiene Ud. la impresión de que los recursos naturales de la tierra están agotándose, o por el contrario cree Ud. que de momento no hay un problema grave de que los recursos naturales del mundo se vayan a agotar?

Recursos naturales	Agotándose	No agotándose	Total
Hábitat			
-2 mil	76,7	23,3	100
2.001 -5 mil	68,7	31,3	100
5.001-10 mil	72,9	27,1	100
10.001-50 mil	66,0	44,0	100
50.001-100 mil	78,6	21,4	100
100.001-250 mil	76,3	23,7	100
+250 mil	72,9	27,1	100
Ocupación			
Amas de casa	68,7	31,3	100
Estudiantes	80,0	20,0	100
Jubilados	68,0	32,0	100
Parados	80,0	20,0	100
Funcionarios	66,7	33,3	100
Trab. cuenta ajena			
Agricultores	82,3	17,7	100
Industria			
Directivos/Técnicos	53,8	46,2	100
Obreros	74,7	25,2	100
Servicios			
Directivos/Técnicos	71,9	28,1	100
Obreros	70,1	29,9	100
Trab. cuenta propia			
Agricultores	52,6	47,4	100
Otros empresarios	65,6	34,4	100
Profesionales liberales	87,5	12,5	100

Fuente: CIREs-94. Elaboración propia.

Cuadro 2. El deterioro y la contaminación del medio ambiente y la naturaleza le preocupa...

Tamaño del municipio (núm. habitantes)	-2.000	2.001-10.000	10.001-100.000	100.001 y más
CIS 1992/1992				
Mucho	28,0	34,9	41,5	48,2
Bastante	37,4	49,9	38,4	43,4
Poco	21,6	12,5	11,5	5,2
Nada	7,1	1,1	1,1	1,2
CIS 2128/1995				
Mucho	35,9	39,7	36,7	52,6
Bastante	43,6	41,1	47,8	41,5
Poco	13,2	13,6	11,6	4,6
Nada	5,6	1,9	2,2	1,2

Fuente: CIS. Estudios 1992/1992 y 2128/1995.

Entre los estudios de 1992 y 1995 se observa una asociación positiva entre el tamaño del municipio de residencia y la preocupación por esos problemas, de modo que cuanto mayor es el municipio más gente responde que esos problemas les preocupan mucho o bastante. Los valores extremos se dan, en ambos estudios, en los municipios de entre 400.001-1.000.000 habitantes (donde el 58,9% —en 1992— y el 53,2% —en 1995— de la gente dice que este problema le preocupa mucho y el 35% —en 1992— y el 41,9% —en 1995— dice que bastante; 93,9% y 95,7% respectivamente entre ambas respuestas) y los municipios menores de 2.000 habitantes, (donde el 28% —en 1992— y el 35,9% —en 1995— dice que le preocupa mucho y el 37,4% —en 1992— y el 43,6% —en 1995— que le preocupa bastante; 65,4% y 79,5% respectivamente entre ambos grupos), siendo en este tipo de municipios más pequeños donde se encuentra más gente que dice que estos problemas les preocupan poco (21,6% en 1992 y 13,2% en 1995) o no les preocupan nada (7,1% —en 1992— y 5,6% —en 1995), frente a valores inferiores de los municipios más grandes. A medida que el municipio aumenta de tamaño hay más gente que manifiesta preocupación por los problemas ambientales tal como están formulados en la pregunta. Esto se observa claramente si se suman las respuestas de «mucho» y «bastante», por un lado, y las de «poco» y «nada» por otro. Ambos conjuntos marcarían la frontera de la preocupación ambiental.

En cambio, la relación no es tan lineal cuando se considera cada tipo de respuesta (mucho, bastante, etc.) por separado. Entonces, se observan altibajos en el grado de preocupación ambiental a medida que aumenta el tamaño del municipio, si bien la mayor diferencia entre menos y más preocupados por los problemas ambientales se establece, respectivamente, —y en ambos estudios—

entre los municipios menores y mayores de 100.000 habitantes. En 1992, en los centros urbanos un 82,3% expresaba mucha o bastante preocupación ambiental (94,1% en 1995), frente al 65,4%, 84,8% y 79,9% de los centros rurales, semirurales y las pequeñas ciudades (79,5%, 80,8%, 84,5% en 1995). El tamaño de los 100.000 habitantes parece, pues, ser un «umbral crítico» de la preocupación ambiental. En esta cuestión el contraste se registra entre la ruralidad, la semiruralidad y las pequeñas ciudades, por un lado, y los municipios urbanos mayores, por otro. En este aspecto difieren el estudio de 1992 y el de 1995, pues según el primero en los núcleos semirurales hay más gente (84,8%) que se muestra más preocupada por el medio ambiente que en las pequeñas ciudades (79,7% y 80,2%), mientras que en el estudio de 1995 se observa una progresiva mayor proporción de gente con preocupación ambiental, en el paso de los núcleos semirurales a las pequeñas ciudades y, entre estas, de las más pequeñas a las más grandes (80,2%, 82,2% y 86,9%, respectivamente). Pero el contraste rural-urbano parece disminuir con el tiempo, ya que si en 1992 la diferencia de proporción de gente con mucha o bastante preocupación ambiental entre los municipios rurales y los urbanos era de 26,9 puntos, en 1995 se reduce a 14,6.

También podemos contrastar las diferencias entre el mundo urbano y el rural respecto a la preocupación ambiental de sus gentes considerando, no ya el mayor o menor porcentaje de población que se preocupa en mayor o menor medida por los problemas ambientales, sino comparando la cantidad de gente que se preocupa por otros problemas según los diferentes tamaños del lugar de residencia. De nuevo, el tamaño superior a los cien mil habitantes aparece como un umbral crítico de un aumento significativo de la preocupación ambiental. En este sentido, en los municipios mayores no sólo hay más gente que manifiesta preocuparle mucho o bastante el deterioro y la contaminación del medio ambiente y la naturaleza, sino que además este problema ocupa un lugar entre los cuatro problemas que más consenso obtienen en cuanto a la gran preocupación que sienten los entrevistados, de un listado de 15 problemas (frente a la octava posición en los municipios inferiores a 100.000 habitantes), siendo los mayores de 400.000 y menores de 1.000.000 de habitantes en donde no sólo hay más gente que se preocupa mucho o bastante por los problemas ambientales (en comparación con otros tipos de residencia), sino que además es en el que más gente manifiesta su gran preocupación (en comparación con el resto de problemas).

Las diferencias en cuanto a sensibilidad o preocupación ambiental general también se manifiestan en relación con diversos problemas ambientales más específicos (cuadro 3). Los entrevistados en el estudio IDES-86 que residían en municipios de tamaño inferior a 10.000 habitantes tienen una preocupación (porcentaje de los que declaran que consideran un problema muy o bastante grave) media de 73,9 % (con una sigma de 7,64) respecto a los diez problemas ambientales planteados, mientras que en los municipios de 100.000 a 500.000 habitantes es donde la preocupación media es la más alta (79,7, con una sigma de 7,5), seguidos de los municipios de 10.000 a 100.000 habitan-

Cuadro 3. Le parece a Ud. que cada uno de los problemas ambientales que ahora le voy a mencionar es un problema ¿muy grave, bastante grave, poco grave o nada grave? Suma de muy grave y bastante grave (en %) en relación con los distintos tamaños municipales (núm. habitantes).

Tamaño municipal/ Problemas ambientales	Media	-10 mil	10-100 mil	100-500 mil	+500 mil
La contaminación atmosférica	79,4	77,9	81,5	80,2	77,7
La contaminación y la suciedad de las aguas del mar	80,3	75,9	81,0	82,9	82,4
La contaminación de las aguas de los ríos	85,5	84,3	85,9	88,9	83,5
Los ruidos intensos y molestos	62,5	56,2	62,1	62,3	61,7
La desaparición de especies animales por caza	72,2	66,5	73,9	75,6	73,9
La destrucción de lugares naturales	80,0	71,8	81,2	83,3	85,5
El mal trato y la crueldad con los animales	72,5	72,9	73,5	71,7	71,3
El abandono de basuras y desperdicios en los campos	85,0	81,7	87,2	88,4	83,1
La suciedad en las calles y la eliminación de residuos	79,8	78,5	80,4	82,1	78,4
La contaminación del tráfico	78,3	73,4	78,7	81,4	80,8

Fuente: IDES-86. Composición propia.

res (media de 78,5 y una sigma de 6,7) y de los de más de 500.000 habitantes (con una media de 77,8 y una sigma de 6,8). Y en nueve de los diez problemas planteados, los municipios menores de 10.000 habitantes están por debajo de la media, en todos los problemas por debajo de los municipios de 10.000 a 100.000 y de 100.000 a 500.000, y sólo en cuatro problemas están ligeramente por encima de los municipios mayores de 500.000 habitantes. En los municipios rurales y semirurales los problemas que obtienen mayor porcentaje de gente que los considera muy o bastante graves son la contaminación de las aguas de los ríos, el mal trato y la crueldad con los animales y la suciedad en las calles y la eliminación de residuos, en los cuales se está más cerca de la media general y algo por encima. En cambio, la destrucción de lugares naturales, los ruidos intensos y molestos, la desaparición de especies y animales de caza, la contaminación del tráfico y la contaminación y la suciedad del agua del mar (problemas típicamente urbanos por su génesis o mayor incidencia en las zonas urbanas, o por constituir demandas sociales típicamente urbanas o, en fin, por su lejanía de las zonas rurales, como la contaminación del mar) son los problemas en que los porcentajes de gente muy o bastante preocupada se alejan más de la media. Merece la pena destacar la gran desviación respecto a la media del problema de la destrucción de los espacios

naturales (-8,2%) y de la desaparición de especies animales por caza (-5,7%). En el primer caso, puede ser una prueba de la visión poco «natural» (y a la vez de que lo «natural» se opone a lo humano encarnado en la agricultura) del entorno por parte de los agricultores, mientras que en el segundo resulta más aventurada aún cualquier interpretación por la significación que tiene la caza en la vida rural. Y, por otra parte, destaca también que el abandono de basuras y desperdicios en los campos sea un problema menos valorado (-3,3 respecto a la media general) en los municipios rurales.

Por contra, en los municipios más urbanos (mayores de 100.000 habitantes) los problemas que más gente dice que son muy o bastante graves son la contaminación de las aguas de los ríos (es el más citado o uno de los más citados como graves en todos los tipos de residencia), el abandono de basuras y desperdicios en los campos (en sentido positivo puede deberse a que este problema lo «ven» más los urbanos que frecuentan espacios rurales de gran concentración de visitantes) y la destrucción de los lugares naturales (lo que refuerza su carácter de preocupación urbana por ser urbanos la mayoría de sus usuarios). Los municipios de 10.000 a 100.000 (pequeñas ciudades) siguen pautas más parecidas a los municipios urbanos que a los rurales y semirurales.

La encuesta del CIRES-94 hace posible afrontar otro aspecto de la investigación: qué métodos es posible utilizar en la solución de problemas ambientales. A este respecto existen relaciones muy significativas entre tamaño de hábitat y diversos tipos de actuaciones ambientales. En primer lugar es posible indicar que la solución a los problemas ambientales es observada de manera diferente entre los municipios rurales respecto a los más urbanos. En estos últimos existe un porcentaje mucho más elevado de ciudadanos (un 20% más que en los núcleos rurales) que creen que el desarrollo tecnológico puede remediar los problemas ambientales. Es decir, las posiciones más tecnocéntricas se observan con mayor amplitud en los núcleos más grandes y el incremento en esta tendencia se asocia estrechamente al aumento de tamaño (cuadro 4). Mientras que en los núcleos rurales los planteamientos ecocéntricos asociados a amplios cambios sociales, con ser dominantes en todos los tamaños de hábitat, se muestran con mayor amplitud.

Las vías para desarrollar la acción ambiental con el fin de solucionar los problemas ambientales se establecen por caminos diferentes entre los municipios rurales y el resto. En los de tipo urbano existe una mayor preferencia por la implicación política a través del asociacionismo y desarrollando pautas de consumo «verde», mientras que en los rurales se prefiere un incremento en los precios e impuestos y existiría un mayor compromiso a cambiar y disminuir el nivel de vida.

¿Qué se puede concluir a la vista de estos datos? En primer lugar, que, no obstante las diferencias de preocupación ambiental según el tamaño de los municipios, en todos ellos se constata un alto grado de preocupación ambiental (con porcentajes de gente preocupada por esta problemática en general por encima del 60% y en muchos temas o cuestiones entre el 70 y el 85%), tendiéndose esta preocupación a los municipios más pequeños, como vimos más

Cuadro 4. Suponiendo que los problemas medioambientales que amenazan al mundo sean tan graves como algunos afirman, ¿en qué confía Ud. más para solucionar esos problemas? 1. En el desarrollo de la tecnología, que creará más riqueza y posibilidades de obtener recursos; 2. En los cambios en la forma en que está organizada la sociedad, de manera que los recursos se distribuyan mejor y con más equidad.

Solución problemas ambientales/ Tamaño hábitat	Desarrollo tecnológico	Cambios en la sociedad	Total (%)
-2.000	25,0	75,0	100
2.001-5.000	29,7	70,3	100
5.001-10.000	36,0	64,0	100
10.001-50.000	38,7	61,3	100
50.001-100.000	44,3	55,7	100
100.001-250.000	38,6	61,4	100
+250.000	40,0	60,0	100
Madrid/Barcelona	45,6	54,4	100

Fuente: CIRES-94. Elaboración propia.

arriba. La generalización de esta preocupación reduce o palia la significación de las diferencias entre el mundo urbano y el mundo rural al respecto. Por lo tanto, puede decirse que el deterioro y los problemas ambientales son hoy causa de preocupación para una amplia mayoría de la población, cualquiera que sea el tamaño del lugar de residencia. En este sentido, tal fenómeno sería una manifestación de la creciente uniformización o equiparación de las poblaciones en sus actitudes, percepciones, valores, etc. respecto a problemas o fenómenos universales (pudiéndolo considerar como un efecto de los medios de comunicación). En segundo lugar, que se constatan ligeras diferencias significativas entre las poblaciones de diferente tamaño respecto a la sensibilidad ambiental, de modo que las más proambientalistas son más grandes que las menos proambientalistas (y, en este sentido, sería un caso en el que se manifiesta aún —y al mismo tiempo una expresión nueva— ciertas diferencias entre el mundo urbano y el mundo rural), pero que esta relación no es lineal, siendo las poblaciones de los centros urbanos más pequeños y de las pequeñas ciudades las más ambientalistas. En tercer lugar, que más que una diferenciación en el grado de sensibilidad ambiental, la variable rural-urbana discrimina diferencias de sensibilidad respecto a diferentes tipos de problemas ambientales de otros agentes). Y en cuarto lugar, que en ausencia de otras variables de control que permitieran matizar y explicar estas diferencias, aún es posible mantener, hipotéticamente, que el factor hábitat (pero como factor ecológico multidimensional y no sólo expresado por su tamaño) puede ser un factor causal de diferencias de sensibilidad o preocupación ambiental de las diferentes poblaciones rurales y urbanas.

3.2. Ocupación agraria y conciencia ambiental

La evaluación de la sensibilidad ambiental mediante la ocupación de los ciudadanos es una tarea compleja con los datos disponibles, dado que en las tres encuestas manejadas no se utilizan las categorías sociolaborales con el mismo nivel de detalle y además las preguntas son diferentes en cada estudio. Incluso en la encuesta RÁBIDA-91 no se considera la categoría agricultor. En el estudio IDES-86, son los profesionales liberales, los estudiantes y los agricultores los que más importancia dan a la contaminación de los ríos, del aire y del suelo, y los empresarios, los parados, los autónomos y los jubilados los que menos. Los resultados de esta encuesta tienen problemas de interpretación por el amplio porcentaje, sobre todo respecto al resto de categorías socioprofesionales, que contestan «no sabe» o simplemente «no contesta» entre los agricultores y que suponen un 34,2% de los entrevistados con esta ocupación. Pero si de esta encuesta no consideramos las respuestas «no sabe» o «no contesta», los agricultores serían el grupo que más importancia concedería a la contaminación de los factores ambientales: el 65,2% de los entrevistados que contestan daría la mayor importancia. No obstante, es preciso indicar que el deterioro y la contaminación de los factores ambientales es relativa, al preguntarse en relación con otros posibles problemas de índole socioeconómica. En el estudio CIRES-94, son los profesionales liberales y los asalariados agrícolas los que más creen que los recursos naturales del mundo se están agotando, y los empresarios agrarios y los directivos y técnicos de la industria los que menos. La pregunta manejada de esta encuesta, en buena forma complementaria a la encuesta IDES-86, que plantea la preocupación por el agotamiento y la desaparición de los recursos, pone de manifiesto la desigual percepción entre agricultores propietarios (empresarios familiares) y obreros del campo, y sugiere que la propiedad de la tierra es un componente de relevancia en la renovabilidad o no que se concede a los recursos. En todo caso los agricultores propietarios serían el grupo ocupacional con menor preocupación por el agotamiento de los recursos, lo que es muy significativo dado el carácter de su profesión (cuadro 1). En definitiva, aunque no se ven unas pautas bien establecidas, parece que los jubilados presentan bajos niveles de sensibilidad ambiental (lo que está relacionado con la variable edad). Así mismo, empresarios de la industria y de la agricultura y directivos y técnicos de la industria también manifiestan menor sensibilidad ambiental. En cambio, los profesionales liberales y, en menor medida, los estudiantes, son los que muestran mayor preocupación ambiental (lo que está relacionado con el nivel cultural y el grado de información). Concretamente en relación con los agricultores se establece una dualidad en el plano de la dimensión afectiva entre el valor relativo —alto— concedido a los factores ambientales y la preocupación —baja— por su agotamiento.

Ante diversos problemas ambientales más específicos, los agricultores mantienen una menor sensibilidad (cuadro 5). Salvo en el caso de los ruidos intensos y molestos, la desaparición de especies animales por caza (donde en ambos casos presentan un grado de interés superior al de la media: +2,8 y +3 respec-

Cuadro 5. Le parece a Ud. que cada uno de los problemas ambientales que ahora le voy a mencionar es un problema ¿muy grave, bastante grave, poco grave o nada grave? Suma de muy grave y bastante grave (en %) en relación con ocupación agrícola o no agrícola.

Ocupación/Tipo de problema	Media	Agricultor
La contaminación atmosférica	79,1	77,0
La contaminación y la suciedad de las aguas del mar	80,5	77,6
La contaminación de las aguas de los ríos	85,2	84,7
Los ruidos intensos y molestos	61,0	63,8
La desaparición de especies animales por caza	72,5	75,5
La destrucción de lugares naturales	80,3	77,0
El mal trato y la crueldad con los animales	72,5	72,4
El abandono de basuras y desperdicios en los campos	84,9	81,1
La suciedad en las calles y la eliminación de residuos	79,7	74,0
La contaminación del tráfico	78,0	75,0

Fuente: IDES-86. Composición propia.

tivamente) o cuando se trata de contaminación de las aguas de los ríos y el mal trato y la crueldad con los animales (casos en los que su grado de sensibilidad es similar al del conjunto de la población (-0,5 y -0,1 respectivamente). En el tema de la desaparición de especies animales por caza (recordemos que en este problema los municipios menores de 10.000 habitantes eran de media un 5,7 puntos inferiores a la media general), parece que los agricultores se diferencian del resto de la población rural. Los problemas en los que los agricultores se alejan más de los valores medios de preocupación son: el de la suciedad en las calles y la eliminación de residuos (-5,7), el abandono de basuras y desperdicios en los campos (-3,8), la destrucción de lugares naturales (-3,3), la contaminación causada por el tráfico (-3) y la contaminación y la suciedad de las aguas del mar (-2,9). Lo que parece demostrar que, más que diferencias claras en grado de preocupación ambiental general, los agricultores difieren de otros colectivos ocupacionales en la sensibilidad hacia unos u otros problemas ambientales, y que la sensibilidad ambiental de éstos es equiparable al conjunto de la población en problemas relacionados con su vida cotidiana o con su profesión. A este respecto es importante poner de manifiesto que otros dos grupos ocupacionales con una sensibilidad y una preocupación ambiental reducida, como son jubilados y empresarios, mantienen una percepción o un interés bajo respecto a la media en todos los problemas ambientales analizados.

La solución a los problemas ambientales para los ocupados en la agricultura debe basarse en cambios sociales. Según los resultados de la encuesta CIRES-94 un 79% de los agricultores adoptan esta opción frente a un 21% que piensan que la solución a los problemas ambientales debe realizarse a tra-

vés del desarrollo tecnológico. Únicamente el grupo ocupacional que agrupa a los profesionales liberales, tradicionalmente muy ecocéntrico, mantiene con mayor intensidad la opción de los cambios en la sociedad (85,7%). En cambio, los jornaleros se presentan como el primer grupo ocupacional que fundamenta la solución a los problemas ambientales mediante el desarrollo tecnológico (80%), lo que está en abierta contradicción con lo que ha constituido el discurso político-ideológico de este grupo sociológico tradicionalmente. Es posible que su bajo nivel educativo, puesto de manifiesto en el estudio de Gavira (1993), fundamente esta opción.

En el plano de la acción ambiental los agricultores, tanto con medios de producción propios como sin ellos, presentan claras diferencias respecto a otros grupos ocupacionales. Su grado de asociacionismo es prácticamente nulo, el más bajo junto a jubilados y, a la vez, presenta una escasa predisposición al asociacionismo verde. Sólo el 5% de los agricultores con medios de producción estaría dispuesto a participar en grupos de carácter ecologista y un 95% manifiesta que ni le gustaría ni pertenece. En el caso de jornaleros un 23,5% manifiesta su actitud positiva a ingresar en algún grupo ecologista. Sin embargo, esta cifra también puede considerarse muy baja en relación con otros grupos ocupacionales. Los agricultores verían a las asociaciones ecologistas contrarias a sus habituales objetivos productivistas. Además, en diversos países europeos este tipo de organizaciones ha responsabilizado ante la opinión pública a los agricultores del deterioro y la contaminación de los campos.

En relación con los hábitos de consumo, tampoco los agricultores se caracterizan por su carácter ecologista. Un 15% de los agricultores compra productos que no dañan el medio ambiente (un 31,2% en el caso de jornaleros) de una forma habitual, la cifra más reducida de todos los grupos considerados. Por contra, tienen más en consideración otras características, entre ellas el precio (70%).

Preguntados ante la actitud de pagar precios más altos por proteger el medio ambiente, los agricultores con tierras en propiedad son el grupo ocupacional que manifiesta una menor predisposición. El 33,3% se muestran muy contrarios o contrarios. Otros grupos de escasa sensibilidad ambiental como el resto de empresarios o los jubilados no agrupan ni siquiera al 20% de sus miembros en posturas contrarias a una subida de precios con el fin de proteger el medio ambiente. De igual manera, los agricultores también se sitúan como el grupo social con menor predisposición a pagar unos impuestos más elevados por la protección ambiental (un 47,5% se manifiesta en contra o muy en contra, mientras que ninguna otra categoría de las consideradas agrupa al 30% de sus miembros en estas posiciones). No obstante, si atendemos a los resultados de la encuesta IDES-86 en la que se preguntaba a diversos grupos ocupacionales en relación con su disposición a pagar más impuestos con relación a distintos problemas ambientales concretos, los agricultores ante problemas concretos como la repoblación de bosques, protección de especies en peligro y, sobre todo, evitar la desertización (problema asociado a una reducción de la productividad o a la imposibilidad de cultivo en su caso extremo) mostraban una

disposición más elevada que la del resto de grupos ocupacionales⁷, que en el último supuesto era de más de cinco puntos.

Por último, también los agricultores con tierras son el grupo que se manifiesta mayormente en contra de reducir su nivel de vida con el fin de proteger el medio ambiente. Un 40% manifiestan su actitud contraria. Por contra, el grupo de jornaleros es el que presenta una actitud más favorable: sólo un 14,3% se manifiesta en contra y un 50% a favor, el grupo ocupacional con mayor disposición.

Todas estas posturas que reflejan una escasa sensibilidad ambiental y una reducida disposición a la acción encuentran su colofón en la desconfianza ante medidas proteccionistas y en la escasa percepción de su necesidad. En efecto, los agricultores con tierras son el grupo ocupacional que con mayor intensidad pone de manifiesto que la política de defensa del medio ambiente es simplemente una moda (10,5% frente a una media de 3,8%) o que es importante pero existen otros objetivos de mayor relieve (73,7% frente a una media de 53,6%).

En definitiva, la escasa sensibilidad ambiental de los agricultores parece que responde a la relación de propiedad que establecen frente a la tierra (frente a un pedazo de naturaleza) y se manifiesta de igual manera tanto en la preocupación como en la acción ambiental general. Ciertas preguntas de las encuestas consultadas, que tendrían que ser corroboradas por estudios específicos, parecen mostrar que la actitud y la acción ambiental se modifica parcialmente ante problemas que afectan a la base productiva de su actividad.

4. Conclusiones

El análisis de la base social del ambientalismo es uno de los temas de investigación que de forma más temprana despertaron el interés de sociólogos ambientalistas. El interés no es gratuito, dado que determinar con certeza las características, así como su grado de evolución, de las personas con mayor predisposición a la acción ambiental es un componente muy importante de carácter predictivo y sustentador de las medidas, las normas y las regulaciones de política ambiental.

Si bien en conjunto es difícil admitir que existe una asociación directa entre sensibilidad ambiental y tamaño del municipio, ésta se manifiesta en las pequeñas ciudades y en los centros urbanos menores, donde además de existir equipamientos y servicios de carácter urbano, suele haber un entorno cualitativamente en mejores condiciones y con una fácil accesibilidad. Por contra, es posible plantear, acudiendo a los postulados manejados por la teoría de la *environmental deprivation*, que las gentes que viven en los municipi-

7. Así en el caso de la repoblación de bosques un 57,2% de la población estaba dispuesta a pagar más impuestos, mientras que entre los agricultores la disposición era del 59,2%. Cuando se trata de la protección de especies en peligro de extinción las cifras son del 57,1% y 61,2% respectivamente y para evitar la desertización del 54,9% y 60,7%.

pios rurales presentan una sensibilidad, un interés e incluso una preocupación ambiental más reducida que en otro tipo de municipios.

También se han detectado diferencias en relación con las dos soluciones sobre las que se suele optar para resolver los problemas ambientales: en los municipios rurales existe una mayor preferencia por soluciones sociales, que implican modificaciones en el nivel de vida, mientras que en los municipios urbanos se opta de manera mayoritaria por la denominada confianza tecnológica, fruto de un entorno más artificializado.

El grupo social que tiene una ocupación agraria comparte con las gentes que residen en núcleos rurales su escasa sensibilidad ambiental general, pero, en cambio, es posible sugerir, con los reducidos datos de que hasta el momento disponemos, que en los problemas más directamente relacionados con la actividad profesional la actitud del agricultor se modifica en cierta manera. Por tanto, en este grupo social se presenta una disociación entre su condición de agentes productivos y de simples ciudadanos, lo cual puede dar origen a que existan actitudes ambientalistas diferentes en un mismo agricultor según desempeñe su papel de productor o de ciudadano o ante distintos problemas ecológicos, lo que podríamos denominar *sensibilidad ambiental fragmentada*.

Es decir, creemos que la conciencia ambientalista de los agricultores no depende sólo de su condición de agentes productivos. Depende también de su condición de ciudadanos (de usuarios, consumidores, etc.), lo cual puede dar origen a conflictos internos en el agricultor y entre agricultores semejantes o distintos, o, lo más probable, a que existan conciencias ambientalistas diferentes en un mismo agricultor según desempeñe su papel de agricultor o de ciudadano o ante distintos problemas ecológicos. Y en su condición de ciudadanos, los agricultores se relacionan con otros grupos sociales, con los que pueden tener intereses comunes ante determinados temas o problemas. De ahí que sea necesario considerar el contexto social en el que se manifiestan la conciencia, las actitudes y los comportamientos ambientalistas de los agricultores.

Por otro lado, una orientación social nueva y de creciente peso social, más ecológica, presiona en sentido contrario a los postulados de la agricultura tradicional, para hacer una agricultura más armoniosa con el entorno natural, más orientada a la producción de calidad que de cantidad, y que resalta las funciones no productivas de la agricultura como son la gestión del territorio, la conservación del paisaje y su contribución a la producción y conservación de la biodiversidad. Esta orientación tomaría cuerpo, también, en políticas públicas que restringen o condicionan fuertemente las prácticas agrarias, cuya virtualidad, entre otras, es hacer más manifiesto el conflicto entre la conservación de la naturaleza y la agricultura convencional y que podría ser uno de los factores que provocarían reacciones antiambientalistas de los agricultores. Como hemos dicho a lo largo de este texto, esta orientación colisiona con la identidad profesional dominante entre los agricultores (y que, paradójicamente, las políticas agrarias han contribuido de forma tan notoria y decidida a establecer).

En otra línea de reflexión hay que decir que las peculiares características de la actividad productiva de los agricultores les harán sensibles, de forma diferencial, frente a según qué problemas ambientales. Tal vez, problemas como el efecto invernadero, el deterioro de la capa de ozono y la pérdida de biodiversidad (por poner los ejemplos más comunes de problemas ecológicos globales) no sean objeto de especial preocupación por parte de los agricultores. Pero otros problemas, como la desertización, la falta de agua, la lluvia ácida, los incendios forestales, la erosión, etc. puede que les preocupen más. Por otra parte, también es posible que los agricultores muestren sensibilidades distintas hacia problemas ecológicos no ocasionados por sus propias prácticas agrarias pero que les afectan negativamente que hacia problemas derivados de su propia actividad (como la contaminación por pesticidas, fertilizantes, residuos, etc.). Y también habrá diferencias de sensibilidad cuando sus prácticas productivas tengan lugar en áreas donde no colisionan con otros valores ecológicos que en áreas donde se pueden dar situaciones de incompatibilidad o de restricción de determinadas prácticas (como en los espacios protegidos).

Además los agricultores no constituyen, en términos de actitud ambiental, un grupo homogéneo. La propiedad de la tierra determina una relación de explotación, que se concreta en una sensibilidad ambiental más reducida que los agricultores jornaleros, sin medios de producción propios. Es decir, el acceso a la propiedad de la tierra será la variable básica que determina la sensibilidad del agricultor. Recordemos que las nuevas políticas de regulación ambiental suponen una limitación y una restricción al pleno derecho de propiedad, a cultivar toda la extensión posible, a maximizar la intensidad, en definitiva, a condicionar la actividad productiva del agricultor, a «sacar provecho» de la tierra.

El carácter complejo, dual y fragmentado que hasta el momento hemos señalado en las actitudes ambientales de los agricultores, también supone un distanciamiento respecto a la sensibilidad ambiental del conjunto rural con actitudes y comportamientos ambientales más lineales. Medio rural y activos agrarios no serían universos idénticos en cuanto a actitudes ambientales. Su sensibilidad hacia problemas concretos, la preocupación y la propia actuación de las gentes que habitan núcleos rurales difieren en buena forma de las que parecen mostrar aquellos que son profesionales de la agricultura.

5. Bibliografía

- ALPHANDERY, P. (1994). «Agricultural practices and environmental perceptions in the Manche Département». *Sociologia Ruralis*, vol. XXXIV, núm. 4, p. 321-339.
- ARCURY, T.A.; CHRISTIANSON, E.H. (1990). «Environmental worldview in response to environmental problems. Kentucky 1984 and 1988 compared». *Environment and Behavior*, vol. 22, núm. 3, p. 387-407.
- (1993). «Rural-Urban differences in environmental knowledge and actions». *Journal of Environmental Education*, vol. 25, núm. 1, p. 19-25.

- BALSTAD MILLER, R. (1991). «Las Ciencias Sociales y el desafío del cambio ambiental mundial». *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 130, p. 639-648.
- BUTTEL, F.H.; FLINN, W.L. (1974). «The structure of support for the environmental movement, 1968-1970». *Rural Sociology*, núm. 39, p. 56-69.
- (1987). «New directions in Environmental Sociology». *Annual Review of Sociology*, 13, p. 465-488.
- BUTTEL, F.H. y otros (1981). «The social bases of agrarian environmentalism: a comparative analysis of New York and Michigan farm operators». *Rural Sociology*, núm. 46 (3), p. 391-410.
- CARY, J. (1993). «The nature of symbolic beliefs and environmental behavior in a rural setting». *Environment and Behavior*, vol. 25, núm. 5, p. 555-576.
- DUNLAP, R.E.; CATTON, W.T. (1979). «Environmental Sociology». *Annual Review of Sociology*, n. 5, p. 243-273.
- GAVIRA, L. (1993). *Segmentación del mercado de trabajo rural y desarrollo: el caso de Andalucía*. Madrid: MAPA, 591 p.
- GÓMEZ, C.; PANIAGUA, Á. (1995). «Una aproximación a la definición de la base social del ambientalismo en España en función de la ocupación agraria y del lugar de residencia rural/urbano». Ponencia presentada al V Congreso Español de Sociología (Granada, 28-30 de septiembre de 1995). 36 p. Inédito.
- GELLER, J.M.; LASKEY, P. (1985). «The New Environmental Paradigm Scale: A re-examination». *Journal of Environmental Education*, núm. 17 (1), p. 9-12.
- HOIBERG, E.O.; BULTENA, G.L. (1981). «Farm operator attitudes toward governmental involvement in agriculture». *Rural Sociology*, núm. 46 (3), p. 381-390.
- LOWE, G.D.; PINLEY, T.H. (1982). «Rural-Urban differences in support for environmental protection». *Rural Sociology*, núm. 47 (1), p. 114-128.
- MARTELL, L. (1994). *Ecology and Society. An introduction*. Cambridge: Polity Press, 232 p.
- MORRISON, D.E. y otros (1972). «The environmental movement: some preliminary observations and predictions». En BURCH, W.R.; CHEEK, H.; TAYLOR, L.R. (eds.). *Social behavior, natural resources and the environment*. Nueva York: Harper and Row, p. 259-279.
- SAMDAHL, D.M.; ROBERTSON, R. (1989). «Social determinants of environmental concern: specification and test of the model». *Environment and Behavior*, vol. 21, p. 57-81.
- SPAARGAREN, G. (1987). «Environment and society. Environmental sociology in the Netherlands». *The Netherlands Journal of Sociology*, vol. 23, núm. 1, p. 54-72.
- TREMBLAY, K.R.; DUNLAP, R.E. (1978). «Rural-urban residence and concern with environmental quality: a replication». *Rural Sociology*, 43, p. 474-491.
- VAN LIERE, K.D.; DUNLAP, R.E. (1980). «The social bases of environmental concern: a review of hypotheses, explanations and empirical evidence». *Public Opinion Quarterly*, núm. 44, p. 181-197.